

CUADERNOS

CeALCI

El “tsunami” alimentario

**(y sus consecuencias para
el desarrollo sostenible)**

Joaquín Estefanía

 **Fundación
Carolina**
CeALCI

5

El “tsunami” alimentario

**(y sus consecuencias para
el desarrollo sostenible)**

Joaquín Estefanía

 **Fundación
Carolina**
CeALCI

Primera edición: septiembre 2008

© CealCI- Fundación Carolina
C/ Guzmán el Bueno, 133 - 5º dcha
28003 Madrid
www.fundacioncarolina.es
cealci@fundacioncarolina.es

Estos materiales están pensados para que tengan la mayor difusión posible y que, de esa forma, contribuyan al conocimiento y al intercambio de ideas. Se autoriza, por tanto, su reproducción, siempre que se cite la fuente y se realice sin ánimo de lucro.

Los trabajos son responsabilidad de los autores y su contenido no representa necesariamente la opinión de la Fundación Carolina o de su Consejo Editorial. En este caso, tampoco comprometen al Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación ni a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Están disponibles en la siguiente dirección:
<http://www.fundacioncarolina.es>

Diseño gráfico: Calamar

ISSN: 1888-5934

Depósito Legal: M-XXXXX-2008

Índice

Ciencia lúgubre	5
La escalera del desarrollo	9
Crisis política, no natural	13
Las “siete plagas de Egipto”	19
Conclusiones provisionales	27
Un <i>green new deal</i>	29

Este texto es una edición, corregida y aumentada, de la conferencia titulada “La dimensión económica del desarrollo sostenible”, organizada por la Confederación de Entidades para la Economía Social (CEPES) y la Fundación Carolina en Sevilla, el 8 de mayo de 2008.

Resumen ejecutivo

El mundo está padeciendo una crisis de doble hélice: por una parte se enfrenta a un parón del crecimiento económico motivado por la falta de liquidez consecuencia del estallido de las hipotecas de alto riesgo, en EEUU; por la otra, a un aumento de la inflación como consecuencia de la carestía de los alimentos y de otras materias primas, en especial del petróleo. Así pues, está entre el hielo del estancamiento y el fuego de los altos precios. En cada lugar y situación, los gobiernos deben elegir el problema principal y actuar en consecuencia. Ni el “tsunami” financiero, ni el “tsunami” alimentario, ni el “tsunami” petrolífero son episodios naturales, sino efectos de la acción política. Denominar “tsunami” a lo que está aconteciendo es sólo una licencia mediática.

Palabras clave:

Estanflación, agflación, cambio climático, desarrollo sostenible, hipotecas *subprime*, especulación, gobernanza.

El autor

Joaquín Estefanía, economista y periodista. Dirige la Escuela de Periodismo de la Universidad Autónoma de Madrid/EL PAÍS. Dirige asimismo el Informe sobre la Democracia en España, de la Fundación Alternativas.

Ciencia lúgubre

Hace pocos años, el escritor norteamericano de ficción científica Michael Crichton, autor de *Parque Jurásico*, exitosa novela convertida en más exitosa película, repitió *best seller* con un nuevo libro titulado *Estado de miedo*. En él se narra una conspiración entre ecologistas y periodistas para convencer al mundo, con pruebas falsas, de que el cambio climático es mucho más grave de lo que en realidad se conoce. En la novela, que incorpora gráficos y cuadros de apariencia científica y que dispone de un epílogo con tesis, se critica la politización de los científicos que se dedican al estudio del sistema climático mundial así como a los medios de comunicación que lo divulgan, y se cuestiona ese hipotético consenso científico-mediático en torno al calentamiento de la Tierra.

Pese a haber una pléyade de textos científicos publicados sobre el tema, *Estado de miedo* devino en un texto de referencia del comité medioambiental del Senado de EEUU, y algún analista lo describió como “el libro que más influye en la política de la Administración Bush”. Opiniones como ésta —que de ser ciertas revelarían mucho sobre la sensibilidad medioambiental y el conocimiento de los senadores y de los políticos *neocons* norteamericanos— quizá formen parte de esa sensacional conspiración mediática que el libro denuncia. Esta vez no en la ficción sino en la realidad.

¿Por qué he recordado la novela de Crichton cuando he tenido que preparar una intervención sobre la dimensión económica del desarrollo sostenible y la crisis alimenticia que asola al planeta en los últimos tiempos en forma de carestía y escasez? Porque cada vez hay más vinculación entre el desarrollo sostenible y el cambio climático y sus consecuencias socioeconómicas sobre el crecimiento. Y también entre la crisis

financiera que empezó en agosto de 2007 en EEUU con la explosión de las hipotecas de alto riesgo (*subprime*) y la crisis alimentaria, aunque en esta última vinculación no tenga nada que ver Crichton ni sus ficciones conservadoras. En la primera década del siglo XXI, el planeta padece una crisis económica de doble hélice, caracterizada al tiempo por turbulencias financieras que dan lugar a un estrangulamiento de la liquidez del sistema y un crecimiento generalizado del precio de las materias primas, entre ellas el petróleo y las alimentarias, que están provocando un incremento espectacular de los precios. La inflación ha vuelto a nuestras vidas y en muchas partes del planeta los problemas económicos se debaten en un dilema entre el hielo de la falta de liquidez –que lleva al estancamiento de la economía– y el fuego de los altos precios. Los gobiernos han de decidir en cada momento cuál es el problema principal para sus ciudadanos.

En las últimas dos décadas, algunos han intentado sustituir a la economía por la ecología como “ciencia lúgubre”. La paradoja es que quienes más se han esforzado en hacer esa traslación ideológica son los mismos que antaño se empeñaron en convencernos de que la economía no era pesimista, sino ciencia: los estudiosos sociales de la escuela clásica. Fue el filósofo escocés Thomas Carlyle quien a finales del siglo XVIII escribió por primera vez lo de la “ciencia lúgubre” referida a la economía: “Una ciencia social (...) que encuentra el secreto del universo en la oferta y la demanda, y reduce el deber de los gobernadores de la humanidad al de dejar a la gente en paz (...) no es una ciencia alegre (...) no, es triste, desolada y en realidad abyecta y miserable. La podríamos llamar, concediéndola eminencia, la ciencia lúgubre”.

Ninguna ciencia puede ser lúgubre por antonomasia: si es genuinamente ciencia, debe ayudar a avanzar a la humanidad y a iluminar algún trozo de la realidad. Lo que sí es lúgubre es la ideología que borra, oscurece y desorienta sobre lo que acontece. *Estado de miedo*, con sus aspiraciones de ficción científica, sí podría aspirar a una cátedra de ciencia lúgubre.

Existen corredores que han tratado de emparentar a la economía y a la ecología en grados de lobreguez, refiriéndose al pesimismo de sus pronósticos. Los ejemplos más clásicos de hipotéticas equivocaciones sociales en el ámbito de los recursos del planeta son Malthus y el Club de Roma. El primero, padre de la demografía, escribió más o menos en los

mismos años que Carlyle habló de la “ciencia lúgubre”, que la población humana crece en progresión geométrica mientras los medios de subsistencia lo hacen en progresión aritmética. Ergo, el combate entre la capacidad humana de reproducción y la producción de alimentos será perpetua. ¿No es esto lo que está ocurriendo, en buena parte, con la actual crisis alimentaria? A principios de los años setenta del siglo pasado, el Club de Roma, una organización privada, publicó *Los límites del crecimiento* y la *Carta Mansholt*, que trataban de demostrar que la tendencia del mundo llevaba inevitablemente a un colapso, que debería producirse antes de un siglo, provocado por el agotamiento de los recursos naturales. Ambos estudios subrayaban la posibilidad de un margen de error porque las ciencias sociales (la economía) no poseen la exactitud y la previsibilidad de las denominadas “ciencias duras” (matemáticas, física, química...). Y ese margen de error quizá es el que ha hecho que las previsiones de Malthus o del Club de Roma estén hoy más cerca de la realidad que cuando fueron escritas.

Hace 20 años nació en el seno de Naciones Unidas el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC), un foro de más de dos milares de científicos de todas las tendencias, que evalúan el riesgo de cambio climático originado por las actividades humanas. En 2007 fue reconocido con el Premio Nobel de la Paz. El IPCC, que relaciona las decisiones públicas con la comunidad científica, ha dado solvencia intelectual a los análisis del cambio climático; sólo unos pocos, entre los más excéntricos, devalúan ya las consideraciones científicas del IPCC. Entre ellos los hay que, escépticos, no creen legítimamente en el cambio climático; o los que creen en el mismo pero no atribuyen el protagonismo del mismo a las acciones del hombre; o los que piensan que antes de resolver el cambio climático, y teniendo recursos económicos escasos, hay que atacar otros problemas más prioritarios como el terrorismo. Y los hay también que, menos legítimamente y financiados por las industrias que más contribuyen a la emisión de los gases de efecto invernadero, niegan la mayor: el mundo no padece convulsiones climáticas diferentes de las que han existido en todos los tiempos.

¿Qué sabemos?: que hay una subida de la temperatura media mundial y de la altura media del mar, y que baja constantemente la cubierta de nieve del hemisferio norte; que hay alteraciones climáticas que conle-

van serios impactos en el ambiente planetario y en el sistema socioeconómico; que las fuentes de los gases de efecto invernadero son la quema de combustibles, los procesos industriales, la agricultura, la deforestación, el turismo o la vivienda, es decir, la acción del hombre; y que los efectos de esas emisiones sobre el sistema climático son independientes del país en que se encuentra la fuente, por lo que se requieren soluciones multilaterales y globales. El cambio climático no es sólo una de las amenazas al medio ambiente más relevantes de nuestra época, sino que constituye también un problema de desarrollo tanto por su origen como por su impacto, y por la índole de las medidas que es necesario adoptar.

El resto son infinitas incertidumbres científicas. Pero no se pueden tener todas las preguntas resueltas al cien por cien, y sólo entonces empezar a trabajar. No trabajamos así en otros órdenes de la vida (por ejemplo, ante la crisis financiera que atraviesa el mundo). La incertidumbre no impide la intervención decidida.

La escalera del desarrollo

El desarrollo sostenible es un concepto generalizado hace dos décadas y que partió de la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo de la ONU. Hace seis años, la ONU celebró una cumbre en Johannesburgo que se tituló exactamente del *Desarrollo sostenible*. Aunque hay muchas definiciones sobre el mismo, la que merece el mayor consenso es la del *Informe Brundtland*, de 1987: “Es el desarrollo que asegura la satisfacción de las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. A pesar de su generalidad, ésta sigue siendo la definición a la que casi todos nos aferramos, seguramente la única que podemos compartir porque es lo suficientemente amplia como para dar cabida a apreciaciones de segunda derivada.

El desarrollo sostenible tiene un carácter multidisciplinar, con tres componentes fundamentales: el medioambiental, el económico y el social. Con este concepto pasa lo mismo que con el de ciudadanía: sólo se puede hablar de desarrollo sostenible si contiene una integración de los tres elementos, que sea algo más que una mera agregación diluyente. Es la base sobre la que se ha de construir una nueva forma de entender las relaciones económicas y las sociales, que rigen el sistema en el que se desenvuelven las sociedades actuales.

El economista norteamericano Jeffrey Sachs, profesor de Desarrollo Sostenible en la Universidad de Columbia y asesor del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ha desarrollado en uno de sus últimos libros (*El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Editorial Debate, 2005) un esquema sobre la estructura del desarro-

llo en el mundo, con la analogía de que ésta es una escalera de cuatro peldaños, cada uno de los cuales representa un paso en el camino hacia el bienestar económico.

En el primer escalón habría aproximadamente 1.000 millones de personas (cerca de la sexta parte de la humanidad); son los “pobres extremos”, o los más pobres de entre los pobres, aquellos que se hallan demasiado necesitados o hambrientos como para mejorar. Se trata de ciudadanos que viven en países en vías de desarrollo (en los países ricos existe la pobreza, pero no se trata de la pobreza extrema), y si fuesen víctimas de una catástrofe natural (por ejemplo, una sequía o una inundación), de una enfermedad grave o de un aumento de los precios de los productos agrícolas que importan, es probable que el resultado fuese un sufrimiento extremo o quizá incluso la muerte. Sus ingresos representan tan sólo unos céntimos de dólar o de euro diarios.

En el segundo escalón del desarrollo está la parte superior del mundo de rentas bajas, los “pobres”. Se trata de unos 1.500 millones de personas que viven por encima de la mera subsistencia, aunque la penuria económica o la falta de servicios básicos (como el agua potable) forma parte de su realidad cotidiana.

En total, cuenta Sachs, los pobres extremos (alrededor de 1.000 millones) y los pobres (otros 1.500 millones) suman aproximadamente el 40% de la humanidad.

El tercer escalón del desarrollo está compuesto por otros 2.500 millones de personas: es el planeta de las rentas medias. Familias de ingresos medios, a las que no se les reconocería como tales según los criterios de los países ricos, a no ser con un exceso de generosidad y amplitud de miras. Sus rentas podrían ser de unos cuantos miles de dólares o de euros anuales, con los que pueden conseguir ciertas comodidades en su vida cotidiana, incluyendo la alimentación.

En el escalón más elevado figuran los 1.000 millones de personas restantes, aproximadamente otra sexta parte de la humanidad. Pertenecen a este segmento las familias de los países ricos, pero también el creciente número de personas acomodadas que viven en los países emergentes como Rusia, China, India, Brasil, México, etcétera.

El economista estadounidense escribió esta metáfora de la escalera del desarrollo antes de la última crisis alimentaria, la actual, llegando a las siguientes conclusiones: la buena noticia era que mucho más de la mitad de la población mundial estaba experimentando un progreso económico. Su ascenso resultaba evidente no sólo en cuanto al consumo creciente sino en factores determinantes y cruciales del bienestar como el aumento de la esperanza de vida, la caída de la tasa de mortalidad de los lactantes de menos de un año, el incremento del nivel educativo, el creciente acceso al agua, a instalaciones de saneamiento y a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Mejoran según la clasificación del Índice de Desarrollo Humano del PNUD. Lo malo, la mayor tragedia de nuestra época, era que una sexta parte de la humanidad tan sólo estaba iniciando la escalera del desarrollo y que estas personas, por centenares de millones, se hallan prisioneras de lo que alguien denominó “la trampa de la pobreza”, incapaces de escapar por sus propios medios de la penuria material extrema. Están atrapados por las enfermedades, el aislamiento físico, las dificultades del entorno, la degradación medioambiental y la propia pobreza extrema.

Por otra parte, los pobres –y entre ellos, los pobres extremos– conocen la existencia del desarrollo y del bienestar asociado a éste; las imágenes de prosperidad que les llegan del otro lado del mundo a través de los medios de comunicación masivos les fascinan al tiempo que les atormentan. Esta es una buena explicación del fenómeno de la inmigración, en el que es más oportuno hablar de los “factores de atracción” motivados por el conocimiento de los niveles de vida de los países de acogida, y del “efecto salida” (la mera existencia del subdesarrollo y de los niveles más bajos de la subsistencia) que de un supuesto “efecto llamada”.

Crisis política, no natural

La visión anterior de Jeffrey Sachs queda comprometida con la crisis alimentaria. Los hechos son suficientemente conocidos: desde el año 2006, pero con mayor intensidad a partir del año 2008, se multiplican dos hechos íntimamente relacionados: escasez en el mundo de materias primas alimentarias imprescindibles y, como consecuencia de lo anterior, carestía de las mismas. Se mida como se mida, alimentos como el maíz, arroz, trigo, soja u otros cereales han tenido crecimientos de sus precios superiores al 100%. En la primera parte de 2008 se acentúa el crecimiento de los precios; según los últimos datos disponibles, el precio del arroz (que es parte sustancial de la dieta diaria de unos 3.000 millones de personas) se triplica de enero a mayo; el trigo aumenta un 50% de enero a marzo; el maíz ha aumentado un 50% de enero a julio, etcétera. Según el Banco Mundial, la cesta de la compra básica en el mundo vale ahora como media un 33% más que hace tres años. El presupuesto alimentario de los europeos, que se ha reducido a la mitad en tan sólo dos décadas, ya sólo representa un 14% de sus gastos ordinarios, mientras que los pobres del planeta dedican un 60% de sus ingresos a la alimentación. Las materias primas alimentarias venían de una tendencia bajista de sus precios casi desde la anterior crisis, en la década de los setenta del anterior siglo

Ello da lugar a tres tipos de fenómenos: incremento de la inflación en cualquier parte del planeta, reaparición de las hambrunas en buena parte del Tercer Mundo, y disturbios y revueltas en muchos países como Egipto, Camerún, Costa de Marfil, Senegal, Burkina Faso, Etiopía, Indonesia, Madagascar, Filipinas, Haití (donde las protestas adquirieron tal calibre que consiguieron lo que antes sólo habían logrado los golpes de Estado: forzar la renuncia de un primer ministro), Pakistán,

Tailandia, etcétera. Muchas veces, estos tres fenómenos van mezclados. Por ejemplo, en EEUU no sólo hay inflación: según datos muy recientes de la Oficina Presupuestaria del Congreso, organismo poco sospechoso de exagerar, 28 millones de estadounidenses utilizan hoy para comer todos los días el programa de cupones públicos de alimentos. Son 1,5 millones más que en mayo de 2007 y el nivel más alto desde el año 1964, cuando el presidente demócrata Lyndon B. Johnson adoptó este programa dentro de su proyecto de *Gran Sociedad* y de la guerra contra la pobreza. La crisis también ha llegado a los estómagos de algunos millones de norteamericanos. Fue en EEUU donde la primera cadena de supermercados del mundo, Wal Mart, racionó las compras de arroz en el momento más álgido de la crisis (abril-mayo de 2008) a cuatro sacos por consumidor. En realidad fue la primera medida de racionamiento alimenticio –para evitar la escasez– en la historia de EEUU.

El Programa para la Alimentación de Naciones Unidas (WFP en sus siglas en inglés) ha dividido en tres categorías a los países que necesitan ayuda alimentaria urgente para salir de una crisis que, al contrario que en otros momentos de la historia, no tiene que ver directamente con ausencia de alimentos, sino con su carestía. El problema, hoy, es que los alimentos están a veces donde no tienen que estar, y que marcan un precio inasequible a los pobres del planeta; es decir, es un problema de mal gobierno y no de desastres naturales. Esas tres categorías son los países de máxima necesidad (aquellos donde más de un tercio de la población no consigue los alimentos que necesita, por ejemplo, África Central); los países meramente necesitados, en los que entre un quinto y un tercio de la población carece de los alimentos imprescindibles (por ejemplo, la mayoría de los países de África Occidental, el subcontinente indio o Bolivia); y muchos países ricos, como acabamos de ver con EEUU, en los que también hay un porcentaje de su población susceptible de pasar hambre.

El incremento de los precios de las materias primas alimentarias no parece un fenómeno coyuntural. Además, a diferencia de otras hambrunas pasadas, estas subidas afectan de modo prioritario a los llamados “nuevos pobres urbanos”, en las grandes ciudades del Tercer Mundo, que con su migración desde el campo a los barrios extremos de las ciudades ya no disponen de terrenos en los que cultivar lo que luego autoconsumen.

Antes, las quejas se producían porque los bajos precios de las materias primas agrícolas impedían a los agricultores salir de la pobreza; hoy se multiplican porque los altos precios introducen a nuevos consumidores en la pobreza: benefician en parte a muchos agricultores del Tercer Mundo pero perjudican a los que deben comprar alimentos para sobrevivir, que son los habitantes pobres de las ciudades así como las personas que viven en el campo pero que no poseen tierras que cultivar.

En un artículo publicado en diversos diarios de todo el mundo (“Los ricos se hacen más hambrientos”), el Premio Nobel de Economía Amartya Sen dice que ésta es la historia de dos pueblos: “En una versión de la historia un país con muchos pobres experimenta súbitamente una rápida expansión económica, pero solamente la mitad de la gente comparte la nueva prosperidad. Los nuevos favorecidos gastan buena parte de sus acrecidos ingresos en comida y a no ser que la oferta crezca muy rápidamente, los precios se dispararán. El resto de los pobres se enfrenta ahora a unos precios más altos que los alimentos, pero sin disponer de una renta mayor, y comienzan a morir de hambre. Tragedias como ésta ocurren reiteradamente en el mundo”. Sen cuenta la historia de la hambruna de Bengala, en 1943, en la fase final del Gobierno británico en la India, cuando los pobres que vivían en las ciudades experimentaron una rápida subida de ingresos, sobre todo en Calcuta, en donde los enormes gastos de la guerra contra Japón generaron un *boom* que cuadruplicó los precios de los alimentos; los pobres del campo tuvieron que hacer frente a esas vertiginosas subidas de precios con menguadísimos incrementos de ingresos. La disparatada política del Gobierno aumentó el conflicto; los gobernantes británicos estaban resueltos a prevenir el descontento urbano durante la guerra, de modo que el Gobierno compró comida en las aldeas para venderla, muy subsidiada, en las ciudades; una maniobra que, de rechazo, contribuyó a incrementar todavía más los precios de los alimentos en el campo. Los agricultores con salarios bajos murieron de hambre. Dos o tres millones de personas sucumbieron a la hambruna y a sus secuelas. Amartya Sen concluye: “Gran parte de los debates actuales se centran de modo pertinente en el hiato que separa a ricos y pobres en la economía global, pero los pobres del mundo están también divididos entre los que están experimentando gran crecimiento y los que no. La rá-

pida expansión económica en países como China, India y Vietnam tiende a aumentar bruscamente la demanda de alimentos. Ello es, por supuesto, excelente cosa en sí misma, y si estos países lograran reducir las desigualdades en su crecimiento interno, incluso los peor situados podrían comer mucho mejor”.

Esta confrontación entre pobres pone en peligro la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU. En la última década, aunque con extremada lentitud, hubo algunos centenares de millones de personas que consiguieron ascender del primer escalón del desarrollo, según la metodología de Sachs, y subirse al segundo. Con la crisis alimentaria tienen el riesgo de una marcha atrás. Como se recordará, los ocho objetivos de Desarrollo del Milenio, firmados en el año 2002 (erradicar la pobreza extrema y el hambre; lograr la enseñanza primaria universal; promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil; mejorar la salud materna; combatir el sida, el paludismo y otras enfermedades; garantizar la sostenibilidad del medio ambiente; fomentar una asociación mundial para el desarrollo) tenían el horizonte temporal del año 2015, y constituyen un plan convenido por todas las naciones del mundo y las principales organizaciones multilaterales. Poco antes de dejar la secretaría general de la ONU, al final del año 2006, Kofi Annan, declaró: “Aún tenemos tiempo para alcanzar los objetivos, en todo el mundo y en la mayoría de los países, si no en todos, pero sólo si logramos romper con la rutina. El éxito no se logrará de la noche a la mañana, sino que requerirá trabajar de manera continua durante todo el decenio [se refiere al actual], desde ahora hasta que termine el plazo. Se necesita tiempo para formar a maestros, enfermeros e ingenieros; lleva tiempo construir carreteras, escuelas y hospitales, así como fomentar empresas grandes y pequeñas que puedan generar los empleos e ingresos necesarios. Por consiguiente, hay que poner manos a la obra desde ahora. También debemos aumentar la ayuda al desarrollo a nivel mundial en más del doble durante los próximos años, pues sólo así se podrá contribuir al logro de los objetivos”. Todavía no había estallado la crisis alimentaria.

Las organizaciones internacionales han utilizado la analogía con los “tsunamis” para hablar de lo que en los últimos tiempos ha ocurrido en el planeta económico: “tsunami” financiero, “tsunami” alimentario, “tsunami”

petrolífero. Pero el presidente del Banco Mundial, Robert Zoellick, cree con razón que este tipo de metáforas no sólo no son exactas, sino perjudiciales. En unas declaraciones, Zoellick afirmó que lo que está sucediendo no es un desastre natural, un tsunami o, como otros han calificado al conjunto de estas crisis, “una tormenta perfecta”, sino que se trata de catástrofes provocadas por el hombre y que tienen que ser arregladas por éste. Para ello, lo primero es establecer un diagnóstico de cómo pudo suceder.

Las “siete plagas de Egipto”

Para explicar las causas de esta crisis hemos utilizado la pedagógica metodología utilizada por dos analistas franceses, Jean Gabriel Fredet y Jean-Jacques Chiquelin, en el semanario *Le Nouvel Observateur* (“Trigo, maíz, arroz... ¡Es el comienzo del hambre!”). Fredet y Chiquelin han hecho una analogía con las “siete plagas de Egipto”:

1) La modificación del comportamiento alimentario de los países emergentes, en particular China e India. Al ser más ricos, su población come más carne e, indirectamente, más cereales (para alimentar al ganado). En los últimos años, China e India han dejado de ser exportadores y se han convertido en importadores de alimentos.

En realidad, ello puede analizarse como un triunfo de la humanidad: alrededor de dos mil y pico millones de personas tienden a comer tres veces al día, por lo que crean problemas de demanda de alimentos. Aunque las revoluciones agrícolas del siglo xx aumentaron la productividad, y probablemente lo volverán a hacer, la producción de alimentos no ha crecido a la misma velocidad que el consumo. Esta es la primera explicación del incremento de los precios. El crecimiento de China e India (y en general de los *países BRIC*, en el acrónimo puesto de moda con fortuna por un analista del banco de inversión Goldman Sachs: Brasil, Rusia, India y China) ha sido muy superior desde 1980 al del resto de las zonas del mundo. Por ejemplo, en el periodo 2000-2006, China creció a una media del 9,8% e India al 7,4%, frente a crecimientos medios de EEUU del 2,8%, Japón (1,6%), Alemania (0,9%), España (3,2%), América Latina y el Caribe (3,1%), etcétera. La media del crecimiento económico en el planeta en ese periodo fue del 3%. En porcentaje del Producto Bruto

mundial (en paridad del poder de compra), en el periodo entre 1980 y 2007, China ha pasado de tener un 2% del Producto Bruto al 10,8%, e India, del 2,2% al 4,6%. Por citar otros elementos comparativos representativos del cambio en estas dos sociedades, en 1990 China consumía el 2,32% del total de petróleo en el mundo y en 2007 había pasado al 10,1%; India, del 1,21% al 3,5%, en el mismo periodo. En cuanto a otras materias primas, el conjunto de los dos países consume el 33,8% de todo el hierro del mundo, el 31,7% del zinc, el 44% del algodón, el 31% del caucho, el 30,9% del aceite de soja, el 51,1% del arroz o el 31,9% del té mundial.

2) El desequilibrio entre la oferta y la demanda mundial. La cantidad de cereales no puede crecer tan rápidamente como la demanda de los mismos, ya que las tierras cultivables disponibles son escasas y su cultivo es lento. En mercados mundiales restringidos, el efecto, por lo alto o por lo bajo, es inmediato y violento: se estima que un desfase del 2% entre la oferta y la demanda duplica los precios.

3) La *agflación* (*palabro* que une a la agricultura con la inflación), se ve reforzada por la inflación de otras materias primas como el petróleo. Con la mecanización actual del campo, el precio del barril multiplica el precio de las materias primas alimentarias.

4) La liberalización de los mercados predomina sobre la regulación de los mismos. La reducción de obstáculos para el intercambio, a pesar de sus limitaciones y de la permanente parálisis de la Ronda de Doha, favorece en principio al comercio y a un mejor ajuste entre la oferta y la demanda. Pero con el rebrote de la inflación y la especulación, la ausencia de una regulación de los intercambios, la inexistencia de organismos reguladores fuertes y a nivel global, es un factor de inestabilidad y de alza de los precios.

5) El interés de los fondos especulativos por las materias primas, no sólo por el petróleo o los minerales sino por los alimentos. Con la extensión de la crisis de las hipotecas *subprime*, algunos fondos de inversión apostaron por los mercados de materias primas. En las operaciones a plazo del mercado de Chicago, los contratos financieros disparan los precios.

Existe una gran discusión sobre el papel y los porcentajes de la especulación financiera en la subida del precio del petróleo y del resto de las materias primas agrarias, y cómo combatirla. Hay un dato incuestionable: los fondos de pensiones y otras grandes instituciones de inversión colectiva tenían aproximadamente 250.000 millones de dólares en materias primas, poco antes del verano del 2008, frente a 10.000 millones de hace ocho años. Una persona conocida por su capacidad de intervenir en los mercados, el millonario norteamericano de origen húngaro George Soros (que en el año 1992 logró sacar a la libra esterlina del sistema monetario europeo a fuerza de especular contra la moneda británica), tuvo una audiencia en el Congreso de EEUU en la que habló de “una burbuja en potencia” en los mercados del crudo y de otras materias primas; en su opinión, la capacidad de las instituciones de invertir en el mercado de futuros mediante fondos de inversión ha fomentado el aumento de los precios. Un artículo del *Financial Times* (“El mercado debate sobre la especulación”, 27 de julio de 2008) cita algunas de las opiniones que se están multiplicando al respecto: “Muchos políticos culpan a la ‘excesiva especulación’ y a las numerosas lagunas reguladoras, de la actual situación del mercado. Joe Lieberman, senador independiente demócrata, asegura que la demanda especulativa –sobre todo de los fondos de inversión institucional de materias primas– es una de las primeras causas del aumento del coste de la energía y de los alimentos. Algunos reguladores han iniciado investigaciones para conocer las consecuencias de la especulación. ‘No sé si el dinero especulativo está provocando o no la subida de los precios, pero de lo que sí estoy seguro es de que hay cientos de miles de millones de dólares en estos mercados que hace años no estaban’, explica Bart Chilton, miembro de la autoridad reguladora de futuros y materias primas de EEUU”. En EEUU, los legisladores están introduciendo novedades para intentar frenar los precios y ayudar a las familias con problemas de poder adquisitivo. Algunas de las propuestas, que aun no se han sustanciado, contemplan la prohibición de distintos tipos de especulación en los mercados de futuros energéticos y de materias primas; otras medidas pretenden evitar que los operadores manipulen los precios o especulen, desviando –por ejemplo– las operaciones vinculadas a estos productos a bolsas extranjeras. Una propuesta para acabar con

la especulación del petróleo incorpora el aumento de la cantidad que los especuladores han de depositar en los futuros de crudo al 25% del valor de la materia prima subyacente, frente al 7% actual.

Todas estas iniciativas recuerdan a la que hace 50 años protagonizó la cebolla. En el año 1958 se produjo una intensísima polémica en EEUU sobre el precio y la volatilidad de la cebolla. En el Congreso se celebraron muchas audiencias en las que el presidente de la Bolsa Mercantil de Chicago intentó convencer a los legisladores de que el mercado de futuros de la cebolla no era responsable de la volatilidad de sus precios. Sus argumentos fueron ignorados y ese mismo año se aprobó la Ley de Futuros de la Cebolla, que prohibió las operaciones de futuros vinculados al alimento. Medio siglo después el debate continúa, aunque con otros productos sensibles.

6) Debilidad actual de las reservas de productos agrícolas. Hace tiempo representaban un 30% de la producción anual, pero desde hace unos meses no llegan a dos meses de disponibilidad a causa de la disminución de las subvenciones a la agricultura. Un representante del sector empresarial agrícola afirma que ello “es una prima a la especulación y una exposición considerable a los posibles riesgos climáticos”.

7) Ha quedado para el final el aspecto más polémico: la mayor presencia de los biocarburantes en la producción también contribuye al aumento súbito de los precios de los alimentos, aunque hay una intensa discusión sobre en qué grado afecta a esa subida. Se ha generado un desarrollo de los biocombustibles como alternativa a la contaminación de los minerales fósiles y el petróleo, en parte motivado por la lucha contra el cambio climático. El alto precio del petróleo puso de moda a los biocombustibles; para algunos agricultores ahora resulta más lucrativo producir maíz para llenar tanques de automóviles que para llenar estómagos. Numerosas explotaciones agrícolas han cambiado de objeto y se dedican a producir biocombustibles y no como antes, a la cadena alimentaria. Aquí hay varias posiciones susceptibles de un gran debate. Por ejemplo, el presidente brasileño, Lula da Silva, niega cualquier relación entre el aumento del precio de los productos alimentarios y la producción ma-

siva de biocarburantes, que ha convertido en un objetivo estratégico de su país. Por otra parte, el relator de la ONU, Jean Ziegler o el representante de la India en el Banco Asiático de Desarrollo han considerado a estos biocarburantes una especie de genocidio contra la humanidad: al dedicar 60 millones de toneladas de maíz a la fabricación de etanol (para producir el 3% de sus carburantes), EEUU retiró del mercado casi el equivalente de las exportaciones mundiales de ese producto. Un sólo depósito de ese combustible (el bioetanol) para un vehículo todoterreno representa el consumo anual de maíz de un mexicano.

Pese a todo esto, y ello es otra postura en la polémica, el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durao Barroso, se ha ratificado en llegar en el año 2020 a un 10% de cuota obligatoria de biocarburantes en el transporte europeo. Al tiempo, la Agencia Europea del Medio Ambiente pide suspender esta decisión —y llegar a una moratoria— hasta que se conozca *in extenso* el impacto de esta medida. Otras posiciones matizadas indican que los biocombustibles no deberían ser el chivo expiatorio de los problemas alimentarios mundiales ya que, con las debidas precauciones, pueden contribuir a la descarbonización del transporte y a generar recursos para los países en desarrollo, mientras se impulsan los biocarburantes de segunda generación que no tendrán nada que ver con los alimentos. Los contrarios a los biocombustibles de primera generación citan siempre un informe muy crítico de los mismos del Banco Mundial, no debidamente publicitado, u otro de la OCDE, muy reciente, que básicamente dice que su introducción masiva encarece el precio de los alimentos y sólo ahorra un 0,8% de las emisiones de anhídrido carbónico del transporte; este último informe indica que las políticas públicas de apoyo al desarrollo y penetración de los biocombustibles son demasiado costosas, repercuten con fuerza en el alza mundial del precio de los alimentos y su utilidad para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero es muy limitada; es decir, destruye la línea de flotación de la apuesta por los biocombustibles, por tres puntos débiles esenciales: el económico, el social y el medioambiental.

Como consecuencia de la crisis alimentaria se reabre un debate básico para cualquier dimensión económica del desarrollo sostenible, y que no forma parte central de las agendas públicas de los gobiernos y las ins-

tituciones multilaterales: el debate energético. Es decir, el *mix* necesario entre las energías tradicionales, nuclear, biocarburantes, con las energías alternativas y renovables, en cada parte del mundo. La nueva asociación que se ha de hacer, en la primera década del siglo XXI, entre el crecimiento económico y el respeto al entorno. En muchos casos, el crecimiento ha llevado aparejada la degradación ambiental. Sólo cuando el problema ha adquirido esta dimensión mundial que hemos visto de la crisis alimentaria, la apreciación se ha convertido en certeza y exige revisar los modelos productivos.

El hasta ahora coordinador de investigaciones en España de la organización no gubernamental Intermón Oxfam, Gonzalo Fanjul, entiende que hay que sacar algunas lecciones de esta crisis para que algunos de los problemas que ha generado no se vuelvan a repetir (“Lecciones de una crisis”. *El País*, 5 de mayo de 2008). La primera, dirigida a países productores de alimentos: no dejes de producir alimentos si no eres capaz de comprárselos a otros. Y cita el caso de Haití, el país más pobre de América Latina, que se enfrenta hoy a una carestía estructural de arroz, pero hace sólo dos décadas era capaz de producir todo el arroz que consumía la población nacional a un precio razonable. ¿Qué cambió?: en 1995, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial *sugirieron* la aplicación de un plan de liberalización comercial rápida; en pocos meses los aranceles a la importación se desplomaron del 50% al 3%, lo que abrió la puerta a una avalancha de arroz subsidiario procedente de EEUU. Los precios locales disminuyeron levemente, pero en pocos años la producción nacional se desplomó dejando al país en manos del mercado exterior: hoy, Haití importa un 80% del arroz que consume y los precios internos se han multiplicado por dos. Corroborra Fanjul: “Lo lamentable es que este caso es una plantilla del modo en que han operado los mercados agrarios internacionales durante los últimos 30 años: liberalización unilateral de los países más pobres, exportación masiva de productos subsidiados por parte de los países ricos y un sector rural abandonado por donantes internacionales y gobiernos locales. Para países que no cuentan con las divisas para comprar en los mercados internacionales, la dependencia alimentaria absoluta se ha convertido en una ruleta rusa de consecuencias imprevisibles”.

La segunda lección dice que no se debe dejar la resolución del problema en manos de los mismos que lo han provocado. Se hace competencia desleal al usar los programas de ayuda alimentaria para dar salida a los excedentes agrícolas que no se han podido colocar en el mercado propio; eso es lo que ha practicado durante décadas EEUU, hundiendo los mercados internacionales y debilitando la capacidad de producción de los países más pobres.

La tercera lección es que si las cosas están mal, no hay que tener ocurrencias que las empeoren. Aquí Fanjul toma posición en contra de los biocombustibles, en el debate que hemos expuesto anteriormente: la Unión Europea y EEUU se han lanzado a una carrera “insensata” de producción de biomasa que reducirá aún más la oferta mundial de alimentos como el maíz. Estas medidas están menos relacionadas con el cambio climático que con los precios del petróleo y la inercia de unas políticas agrarias basadas en intereses creados.

Conclusiones provisionales

Mientras tanto, podemos destacar algunas conclusiones, aunque sean provisionales: primero, estamos viviendo la primera crisis global no estrictamente financiera (no se parece, por ejemplo, a la del sudeste asiático del verano de 1997, que se transmitió de forma inmediata al resto del mundo), aunque tenga su trama financiera cuyo epicentro se localizó en EEUU, en el verano de 2007, con el estallido de las hipotecas *subprime* (esto también es una novedad: la crisis pasa del centro a la periferia, y no al revés. Por el momento, los principales países emergentes han resistido el abrazo financiero de esta crisis multifacética). En segundo lugar, la parte del mundo desarrollado corre el riesgo de vivir una larga temporada de estancamiento económico acompañado de inflación (estanflación), como en los años setenta, cuando las dos primeras crisis del petróleo. En tercer lugar, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, como hemos visto, se alejan un poco más del horizonte; el hambre generalizada está volviendo a formar parte de la vida cotidiana de decenas de millones de ciudadanos, muchos de los cuales, en los últimos años, habían superado el umbral de la extrema pobreza y ahora reingresan en él. Por último, también quedan afectados algunos elementos que el ecologismo incorporó a la cultura general de más de una generación, y que de nuevo son puestos en discusión. El director del Instituto de Estudios sobre Seguridad de la Universidad de Yale, el norteamericano Paul Kennedy, ha escrito (“La ecología, gran perdedora de la crisis”. *El País*, 22 de julio de 2008) que hay muchos perdedores en este nuevo mundo de gasolina y alimentos caros: los pobres de casi todas las partes, las clases medias bajas, las compañías aéreas, las empresas de importación de alimentos, y ahora aparece una nueva víctima, el sueño ecologista de con-

seguir un mundo más sostenible, equilibrado y equitativo: “Esa visión de una Tierra armoniosa está amenazada por todas partes”.

Ante tal retroceso hay economistas de corte ecologista que se cuestionan las habituales medidas de reactivación para salir de esa doble hélice de la *estanflación*. El corresponsal de *La Vanguardia* en Londres cita alguna de esas iniciativas alternativas (“El brusco cambio de ciclo económico mantiene en alerta a todo el planeta. Recetas sostenibles frente a la crisis”. Andy Robinson, 27 de julio de 2008): Andrew Simms, de la Fundación New Economics en Londres, opina que “la crisis es una oportunidad para no volver a la misma máquina de hedonismo consumidor que, como comprueban los estudios sobre economía y felicidad, no aumenta la satisfacción de nadie”; Colin Hines, autor del libro *El nuevo proteccionismo*, declara que “hemos basado nuestras economías en el *shopping*, crédito fácil y avaricia rapaz y aunque nuestros gobiernos no se han dado cuenta, ya se acabó”. Simms y Hines, junto al periodista de *The Guardian*, Larry Elliot y otros investigadores sobre la sostenibilidad medioambiental, reclaman un teórico plan de reactivación a la medida de nuestros tiempos que ellos califican como el *green new deal*. El plan combina el paquete de choque que adoptó el presidente de EEUU Franklin Delano Roosevelt para combatir la Gran Depresión de 1929 con las últimas teorías de economía medioambiental. “Tenemos delante no sólo un *credit crunch* y el inicio del agotamiento de recursos energéticos, sino también una bomba de relojería medioambiental”, cita el periódico catalán.

Un *green new deal*

No son perspectivas que permitan el optimismo. Quizá si estuviéramos convencidos de esta cartografía, y de su duración, podría ser más fácil llegar a aquello que muchos reclaman: un *new deal* para la política alimentaria global, acompañado de un fondo de emergencia de los países donantes, a corto plazo, sin esperar a la instrumentación de la ayuda oficial al desarrollo. Ese *new deal* (o *green new deal*) –nuevo tratamiento, nueva forma de tratar los problemas– tropezará sin duda con las mismas prevenciones que tuvo el de Roosevelt: muchas personas temieron que con su política de inversiones dirigidas a poner fin al desempleo, con su constitución de fondos federales de seguridad social, con su respaldo a una política reformista orientada al bienestar social, con su apoyo a los sindicatos y sus ataques a los monopolios, el presidente norteamericano más carismático del siglo xx estaba haciendo que EEUU se deslizasen hacia las “malolientes aguas del socialismo”. Sin embargo, lo cierto es que nadie hizo más que Roosevelt para salvar al capitalismo democrático. Su biógrafo Patrick Renshaw, de la Universidad de Sheffield (*Franklin D. Roosevelt*. Editorial Biblioteca Nueva) explica que lo que hizo el presidente fue salvar el capitalismo americano, “porque, se mire como se mire, el hecho es que los acontecimientos de aquellos años ni cambiaron las instituciones norteamericanas ni redistribuyeron la riqueza y el poder a nivel nacional... Durante los años del *New Deal*, y luego durante la guerra, la agricultura, las finanzas, la banca y los negocios recobraron su perdida salud... Liberales y conservadores podían, pues, aplaudir por igual semejantes resultados”.

Pero para ello hay que tener amplitud de miras, voluntad política y forjar un consenso en el diagnóstico de esta crisis tan compleja, que aún

no ha llegado. Las cumbres de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), celebradas en Roma en el mes de junio de 2008, del G-8 (los ocho países más ricos del mundo), en Japón un mes después, o de la Ronda de Doha, de la Organización Mundial de Comercio (la última de las instituciones de Bretón Woods) han sido monumentos a la impotencia, al no superar los cuatro problemas entrelazados que atenazan al bienestar del planeta: el cambio climático, la crisis financiera, la crisis alimentaria, y la carestía y escasez de petróleo. Los esquemas de gobernanza global revelan una inanidad que repercute en el propio modelo de globalización vigente, que está siendo puesto en cuestión incluso por aquellos que lo apoyaron sin fisuras desde que emergió a partir de la década de los noventa del siglo pasado. Los “tsunamis” económicos devienen así en el principal problema político de la humanidad.

Fundación Carolina

C/ General Rodrigo, 6. 4º
Edificio Germania
28003 Madrid
informacion@fundacioncarolina.es

CeALCI

C/ Guzmán el Bueno, 133 - 5º dcha
Edificio Britannia
28003 Madrid
cealci@fundacioncarolina.es

www.fundacioncarolina.es

El mundo está padeciendo una crisis de doble hélice: por una parte se enfrenta a un parón del crecimiento económico motivado por la falta de liquidez consecuencia del estallido de las hipotecas de alto riesgo, en EEUU; por la otra, a un aumento de la inflación como consecuencia de la carestía de los alimentos y de otras materias primas, en especial del petróleo. Así pues, está entre el hielo del estancamiento y el fuego de los altos precios. En cada lugar y situación, los gobiernos deben elegir el problema principal y actuar en consecuencia. Ni el “tsunami” financiero, ni el “tsunami” alimentario, ni el “tsunami” petrolífero son episodios naturales, sino efectos de la acción política. Denominar “tsunami” a lo que está aconteciendo es sólo una licencia mediática.

Fundación Carolina

C/ General Rodrigo, 6. 4º
Edificio Germania
28003 Madrid
informacion@fundacioncarolina.es

CeALCI

C/ Guzmán el Bueno, 133 - 5º dcha
Edificio Britannia
28003 Madrid
cealci@fundacioncarolina.es